

ción. <sup>(1)</sup> No tratamos de inquirir aquí si ha comprendido toda la importancia de estas palabras; nos basta conocer el inmenso abismo que se ha abierto tras de ellos, abismo en el cual puede hundirse el mundo entero.

Sí, todo el mundo moderno deberá hundirse en este abismo, si no se logra llenarlo, propósito que, en verdad, no sería difícil de alcanzar. La existencia de este abismo es debida á que la cultura moderna ha suprimido, en parte, los fundamentos religiosos, morales y jurídicos que brotaron del Cristianismo. No los ha suprimido por completo, y mientras esto no ocurra, se mantendrá, si bien con pena, el carcomido edificio. Pero todo lo que no sea volver formalmente á los principios abandonados del Cristianismo, es avanzar hacia el abismo. Con este medio sencillísimo, se daría ya el primer paso para la salvación.

Ignoramos si el mundo tendrá valor y fuerza para esto. Lo esperamos y lo deseamos, pues tenemos confianza en la fuerza del bien y en la razón humana. Pero si no ocurre esto, no queda al mundo otra perspectiva que el imperio del anarquismo. Porque dos consecuencias surgen evidentemente de nuestro examen, á saber: Las llamadas ideas modernas, mientras están casi por completo huérfanas de la idea cristiana, como ocurre aquí, empujan al anarquismo, y en él encuentran su fin natural; pero el anarquismo es la destrucción completa de todo orden social.

(1) Ziegler, *Die geistigen und sozialen Strömungen des 19 Jahrhunderts*, (2), 528.

## CONFERENCIA VI

### EL INTERNACIONALISMO

1. **Falso consuelo en la contemplación de la situación del mundo.**—Los progresos del anarquismo nos producen la impresión de que la sociedad es un vehículo gigantesco, en el cual, por la violencia de su constante desplazamiento, todas las partes aisladas de la máquina están en incesante oscilación y temblor, y, por consiguiente, en progresivo desgaste. Figurémonos uno de nuestros buques modernos de guerra, la quinta esencia de todos nuestros inventos y conocimientos, uno de esos monstruos, contruídos de acero para que nunca se destruyan, pero que no obstante, al cabo de algunos años, lo vemos ya fuera de servicio, aun antes de que haya tomado parte en batalla alguna, pues apenas se pone en movimiento, cuando, oprimidas por el peso de esta monstruosa máquina, gimen las partes, con tal fuerza, que parece que todo va á estallar. Sólo remendándolo constantemente, se le puede mantener en servicio; pero si empiezan á manejarse los cañones monstruos, se rompen los más fuertes remaches, se sueltan las más formidables vigas, y, á cada momento, temen todos recibir sobre sus cabezas un montón de ruinas.

Todo esto no inspira gran confianza en la duración de este invento tan caro. Pero, entre tanto, el marino se consuela y dice: «En verdad que este barco no ha de durar eternamente; cuando ya no sirva, nos entregarán otro. Por ahora, el todo se mantiene unido, y mientras no se deshaga, iremos tirando con él, aunque sea preciso repararlo cada día».

Pues bien, el mismo consuelo ofrecen los adoradores de

las ideas modernas á los que se manifiestan inquietos por la extensión del anarquismo. Con cierta mezcla de fatalismo y de paciencia, contestan á nuestras observaciones: «Precisamente la condición ordinaria de las más hermosas instituciones humanas consiste en que se gasten por sí mismas, se utilicen ó no. Lo que es humano y terrestre, ha sido condenado á la destrucción. Nada pueden hacer contra esto el tiempo y la ciencia. ¿Qué valor tiene lo particular? Con tal que persevere y prospere el interés general, puede perecer lo secundario. Semejante efecto no se paga nunca demasiado caro».

**2. Los dos principales peligros.**—Es indudable que hay cierta verdad en estas palabras. ¡Lástima que no fuesen más ó menos repetidas, cuando del bien general se trata, y mejor comprendidas! Sólo que hay que imponerles una doble limitación. El sacrificio de lo particular en provecho del todo no debe ir tan lejos, que el mismo todo se ponga por ello en peligro. Porque, si todas las partes aisladas peligran, ¿qué será del todo? Por otra parte, natural es que el todo no se exponga á la disolución, y mucho menos intencionalmente. Pues si la misma obra destructora ataca á las partes aisladas y al mismo tiempo al todo, trabaja con doble fuerza, y mucho antes alcanzará su fin.

Este es actualmente el caso de la sociedad humana. De un lado la pulverización de las partes naturales é históricas de la sociedad, y, de otro, la disolución de todos los vínculos morales y religiosos, han llegado ya á tal extremo, que, ciertamente, no es posible decir que no haya sido ya atacado el gran edificio del orden social en general. Al contrario, de tal modo ha sido ya maltratado, que las viejas paredes y vigas se niegan á sostenerlo en todas partes. De tal modo se ha arraigado el mal en las entrañas de las partes, que el todo está en el mayor peligro. Pero á esto hay que añadir que también por fuera se ataca sistemáticamente al todo, y que el éxito está ya muy adelantado. Así se dirige al mismo tiempo y por lados opues-

tos el trabajo de demolición del viejo edificio social. Si se contemplan con calma estos hechos, y si uno se consuela con el antiguo principio: «La sociedad ha soportado ya muchos contratiempos, también soportará éste», en verdad que se necesita para ello una gran dosis de confianza.

**3. La antigua organización social.**—Para apreciar debidamente la situación, debemos echar una ojeada al edificio de la sociedad humana, tal como debe estar constituido de conformidad con los principios naturales y razonables, y tal como existía en otros tiempos, aunque con las deficiencias propias de toda institución humana.

La antigua sociedad puede parecer al espíritu moderno tan extraña y antipática como se quiera, pero, ciertamente, hay que admirar profundamente en ella la notable multiplicidad de sus miembros. Allí donde pocos ó muchos miles de personas tenían que cuidar de los mismos intereses, soportar las mismas cargas, desarrollar los mismos negocios, allí los vemos ordenados según principios justos, y, por ello mismo, fuertes y seguros. Y este orden se articulaba de nuevo en una unidad mucho más elevada que todas las que en distintos países perseguían el mismo fin. Así encontramos en todas partes la misma jerarquía en los gremios, cofradías y asociaciones de oficios, comercio, aldeanos y señores. Estas asociaciones particulares se encadenaban á su vez con las de las clases y condiciones, éstas con las de las regiones, y, finalmente, con las de los países. Y entonces empezaba de nuevo la obra del orden y del ajuste. Cada país, cada pueblo vivía para sí, orgulloso de su derecho, de su historia, de su poder, y, no obstante, se adhería á los fines comunes del Cristianismo, al cual estaba unido por los vínculos comunes de la misma fe y de las mismas prácticas religiosas, y, por causa de éstas, á los mismos deberes sociales y políticos de la comunidad cristiana. Desgraciadamente, el mundo cristiano no se ha mostrado mucho tiempo á la altura de su misión, pero los recuerdos y las exhortaciones para la consecución de este

ideal se han perpetuado entre las ruinas del imperio que la Iglesia había erigido para su realización.

Que se diga ahora que esta ordenación de la sociedad era demasiado artificial para conservarse largo tiempo. Lo cierto es que se sostuvo todo el tiempo que se manifestó en vigor el espíritu que le dió vida, el espíritu del cristiano amor á la comunidad. Cierta es también que fué un ensayo grandioso para unir los intereses particulares de todas las clases sociales con el interés común de la comunidad. Y no es menos cierto, finalmente, que, aun en los tiempos de su realización, la sociedad no buscó su fuerza propia en la debilitación ó en la destrucción de los miembros inferiores, sino en la fuerza y prosperidad de éstos. En aquellos tiempos, podía un pueblo desarrollar sin obstáculo alguno sus rasgos particulares, sus tradiciones, sus instituciones á su gusto; y lo hacía con la alegre satisfacción de que otros pueblos y toda la comunidad reconocían y protegían su peculiar desenvolvimiento. Entonces toda comunidad, por pequeña que fuese, tenía garantidos sus seguros derechos, sus fuertes límites, sus costumbres reconocidas. De ello se mostraba orgulloso, y, con esta elevada estimación de sí mismo, servía á toda la comunidad, convencido de que se servía á sí mismo.

**4. Su destrucción por el Estado moderno.**—Esta admirable institución fué destruída por el enemigo capital de toda verdadera comunidad, por el egoísmo de corazón estrecho. Todo miembro subordinado del todo creyó trabajar mejor en su provecho, considerando el perjuicio de la comunidad como su ventaja propia. Así procedieron los pequeños miembros en pequeño, los gremios, las asociaciones, y los grandes en grande, las provincias, las regiones, los pueblos, los Estados. Cada uno buscaba su interés, ora en el gran todo, ora en las pequeñas esferas, como le convenía. Y este deshonesto juego de astucia fué calificado de arte diplomático, pero en sus manos se deshizo la cristiandad en mil trozos divergentes.

De ellos nació el llamado Estado moderno, aprovechán-

dose de la situación. No sólo se apropió de los derechos de la gran masa aquello que ciertamente podía alcanzar, sino que se consideró como el mismo conjunto, y se colocó por encima del todo, absorbiendo también todas las fuerzas internas, tanto como pudo, por modo persistente, hasta que debajo de él no quedó nada que no fuese él mismo. Así nació el absolutismo.

Pero lo extraño es que hubo muchos Estados absolutos, los unos enfrente de los otros. Este hecho demuestra que el absolutismo no era gran cosa, porque no pueden existir dos absolutos. Pero este absolutismo indicó el camino, con imperiosa necesidad, al Estado que aspiraba al dominio absoluto. Y así debió exprimir, expropiar, apoderarse de todo lo que podía. La política de la expropiación y la de la anexión fueron inseparables. De la caricatura de los llamados Estados absolutos debía originarse el gran Estado, con lo que se daba un gran paso hacia el falso internacionalismo, hacia el Estado universal. Ningún Estado moderno puede realizarlo, pero cada uno de ellos trabaja para lograrlo, derribando, por un lado, los límites internos de las asociaciones privadas, y, por otro, hollando los límites naturales de los Estados, de las naciones, de los idiomas, ó suprimiéndolos, y acabando, finalmente, con los límites de la historia y de la tradición, límites que los hombres tienen costumbre de considerar como cosa sagrada, límites cuya destrucción produce en la sociedad un sacudimiento profundo, un sacudimiento de todo sentimiento justo, de toda consideración moral, por consiguiente, del fundamento de la vida social.

**5. El efecto de esto es el anarquismo y el internacionalismo social.**—Pero con esto casi se había realizado, y aun superado, la empresa del socialismo, y esto por dos conceptos.

Desde luego, con este trabajo destructor y desorganizador del absolutismo, quedaba reducido á escombros todo el organismo del antiguo orden social. Aquella inmensa y rica colección de miembros, por medio de los cuales los indi-

viduos quedaban libres de su aislamiento y unidos con los de sus mismas ideas, del mismo modo que formaban entre sí una unión fuerte y protegida por la ley, así como el orden social orgánico, por el cual las diferentes partes eran protegidas y formaban con el conjunto una unidad, todo fué destruído. Ya no quedaron miembros, sino únicamente individuos aislados, abandonados á sí mismos, á lo más con poder para constituir uniones libres y fantásticas, sin valor jurídico y sin protección eficaz. En desquite, todos los particulares dependieron directamente del Estado, de la gran comunidad, que á todos los encerraba en sí misma, que á todos oprimía, y, aun en caso de necesidad, aplastaba como á nueces metidas sin orden ni concierto dentro de un gran saco. No era posible realizar de un modo más perfecto, como se hizo aquí, no sólo el ideal del socialismo, sino también el del anarquismo.

Pero con esto no se había realizado más que la mitad del trabajo. La otra mitad incumbía á la economía social, la cual también realizó la empresa del anarquismo internacional por modo más perfecto. Antiguamente, nadie hubiese pensado realizar los asuntos económicos con ideas generales, las cuales han convertido hoy á la economía política en una fastidiosa ciencia formal. Esto hubiera sido también entonces imposible, ya que, en aquel tiempo, no había trabajo, sino trabajadores personales, que ciertamente no eran ideas vagas, sino miembros de una corporación protegida por la ley, independiente, con derechos propios, corporación en la cual ejercían sus propios derechos, y por la cual eran contenidos en sus límites, pero también defendidos en sus facultades. Ahora, el individuo no goza de ninguna consideración, ni como persona, ni como miembro de asociación alguna. La economía política sólo tiene en cuenta el trabajo que ejecuta por medio del individuo, sólo tiene en cuenta el capital que representa. El individuo sólo tiene alguna consideración, cuando no es posible hacer sin él el trabajo; mas como la máquina hace la mayor parte del trabajo, casi siempre el

obrero no entra en cuenta. Trabajo y capital son ideas universales, internacionales. En el punto y hora en que esta idea general se convirtió en el elemento motor de la economía política, cambió la faz de la tierra, y se realizó el internacionalismo, por lo menos en el campo económico. Dinero, capital, trabajo, tráfico, cambio, son puras ideas internacionales, y también potencias internacionales.

Con esto queda pintado por sí mismo el malestar de nuestra vida económica. Que no se vuelva á hablar del peligro que amenaza á la sociedad por las asociaciones internacionales de obreros, pues éstas ejercen proporcionalmente la menor influencia. Existe también un colectivismo internacional del capital, el cual, ciertamente, ejerce una influencia mucho más poderosa, que el trabajo organizado internacionalmente. Los bancos, las sociedades, los trusts, los sindicatos, monstruos son todos ellos que abrazan al mundo entero, que hacen política, que dictan á los grandes Estados sus condiciones de existencia, y que, si así lo desean, pueden apagarles también el soplo de la vida. Aquí tiene el Estado moderno el fruto de su trabajo. Él es el que ha educado este internacionalismo. Si con él perece, sucumbirá por efecto de su propia actividad.

**6. Internacionalismo económico y político.**—Esta situación se ha aumentado todavía con el carácter propio de la cultura moderna, la cual, sin duda alguna ha hecho grandes progresos, pero también puede aumentar el mal de la situación pública en grado extraordinario, si se pone á su servicio. Nos referimos á la destrucción de todas las barreras comerciales entre los diferentes pueblos y países.

Ya no hay distancias en este globo terrestre, pero tampoco hay acontecimiento alguno, ni interés de ninguna especie, que no ejerza influencia de una á otra parte de la tierra. Un cambio de ministerio en el Japón, quizás produce más efecto en Londres que un nuevo ministerio inglés. Una proposición de ley en Washington pone en conmoción al mundo entero y repercute hasta en Australia.

Las minas de oro del África Austral, un ferrocarril en Siberia ó en el Asia Menor, un tratado entre Rusia y Persia, son cuestiones que casi no dejan á nadie indiferente. Los asuntos de la humanidad interesan en todas partes, y á veces mucho más en las regiones extranjeras que en la propia patria. El comerciante de Berlín se enterará con indiferencia de una votación en el Reichstag, pero seguirá con gran atención los acontecimientos de Venezuela y de Zanzíbar, y el banquero de Francfort apenas tiene tiempo para fijarse en las deliberaciones de la Cámara de Hesse, de tal modo están monopolizados sus pensamientos por las discusiones de la Sobranje de Sofía. Con ello se distrae á menudo de los asuntos interiores de su mismo pueblo, y la indiferencia hacia su propia patria es casi natural.

Por otra parte, aumenta en el mismo grado aquella mezcla de pueblos, de la cual Chamberlain sabe hacer un retrato tan vivo con relación á los tiempos pasados. Colonia amenaza con convertirse en polaca, media Europa en italiana, Viena y la Marca en babilónica. Difícil es decir dónde podría hallarse hoy una raza pura. Quizás se la podría hallar en el interior de África, pero sería perder el tiempo seguir hablando de este asunto. No sin motivo es tan violenta la lucha de razas. Los pueblos sienten instintivamente que van á perecer en esta mezcla, y de aquí que se alcen en defensa propia. Es la lucha á muerte en la última barricada construída contra el internacionalismo, la lucha á muerte de la nacionalidad. De aquí la violencia de la resistencia, la cual se explica por el instinto de conservación. Dudoso es que impida esta lucha la completa disolución de la humanidad en una masa informe. Puede retardar el resultado, pero difícilmente impedirá su duración.

**7. Internacionalismo intelectual.**—Ciertamente, motivos son estos cuya cooperación constituye una fuerza moral considerable, y nada de extraño sería que con el tiempo preparara la victoria del internacionalismo.

Sin embargo, todos trabajan más ó menos indirectamente para el mismo resultado. Pero ahora surge en este campo una nueva actividad, que ejerce mucha mayor influencia, y que labora para el mismo fin directamente, con intención calculada, y, además, con medios internacionales. Nos referimos al internacionalismo en el dominio intelectual.

Este esfuerzo, de que ahora tratamos, es ya bastante viejo, y con la historia en la mano podemos ofrecer pruebas suficientes para demostrar su poderosa influencia. Ya en el siglo XVIII, el deísmo inglés y la llamada filosofía francesa trabajaban para este fin, poniéndose á su servicio gran número de sociedades secretas. La victoria que estas tendencias alcanzaron en Francia prueba el éxito que tuvieron. Como por encanto, cubrióse Europa entera de semejantes sociedades, y los gobiernos, los pueblos y las instituciones milenarias, se desvanecieron como el humo ante ellas. Antes que Europa pudiera darse cuenta de ello, vióse cambiada en una república internacional, en la cual los principios de la Revolución fueron la única ley espiritual. Verdad es que triunfó de nuevo la reacción, pero la fraternidad internacional continuó trabajando secretamente, aquí con preferencia en el terreno político, allá en el espiritual, pero en todas partes en el mismo sentido y con el mismo fin. Había división de trabajo, pero la dirección superior era una. Aquí la tendencia se llamaba *joven Alemania*, allí *joven Polonia*, más allá *joven Italia*; ni siquiera faltaba la *joven Turquía*, y todas juntas constituyeron la alianza llamada *joven Europa*. Los años de 1830, 1848, 1859, 1866 y 1870 indican los diferentes grados del movimiento hacia el fin que se proponía el internacionalismo. Ya se han realizado grandes cosas en este terreno, pero mayores son las que todavía quedan por hacer. Los iniciados lo saben muy bien, y no ocultan que aun les son necesarios grandes esfuerzos para alcanzar el fin que se proponen. El medio principal de que se sirven es la lucha contra la Iglesia Católica, único baluarte de la tradición y